

NOSCE TE IPSUM

De un libro en preparación.



El Profesor, tras breve silencio, continuó así:

—Quede, pues, bien sentado que siendo el alma y el cuerpo de naturaleza tan distinta, tienen destinos muy dispares, y por consiguiente, la relación que entre ambos haya, ha de estar en consonancia con esa disparidad. Ni en el alimento, ni en la actividad, ni en las aspiraciones marchan del brazo. El cuerpo duerme, pero el alma no. El cuerpo come tierra que se pudre; el alma, sólidos afectos que la templan a la hora del llanto. El cuerpo ansia, el alma rechaza, o viceversa. El cuerpo obra, el alma dirige; y cuando aquél dirige, ésta se resigna dolorida. El cuerpo exige, el alma se abstiene. El cuerpo labora en lo perecedero; el alma, en ideales firmes que la enlazan con Dios. El cuerpo desfallece, se entrega, rueda, sucumbe, y entre tanto, el alma husmea, husmea por los resquicios de su cárcel maltrecha, en frenéticas ansias de infinito y de luz.

Repito que entre mi alma y mi cuerpo no hallo relación alguna, ni veo que se correspondan sino en grado hartamente tenue y deleznable. El cuerpo es la forma, pero el alma es la esencia, susceptible de todas las formas sin plegarse a ninguna. Cortadme un brazo, después el otro. Cortadme una pierna y después la otra. Arrancadme los dientes. Desorejadme. Cortad lonjas de carne donde podáis, de lo que va quedando en mí. Extraedme uno de mis pulmones. Llevaos un riñón y algo de mi intestino. Despegad también algunas de mis costillas. Descarnad, entresacad, mermaid cuanto os sea posible de mi tronco. ¿Y qué? No habéis cortado nada de la otra parte que reside en mí. He dejado de ser vuestro semejante en la forma; pero en cuanto al fondo, no habéis podido disminuir en un ápice mi indivisible espíritu que seguirá brillando en todo su esplendor, como antes del cercenamiento. No habéis disminuído en nada mi visión de Dios, ni habéis menoscabado el amor que arde en mi ser por todo lo creado. Mi alma, adherida a ese mástil informe, seguirá ondeando en todo su poder, en todo su fulgor, como flota la vela en el palo de la nave encallada, hasta que un viento más o menos fuerte la arranque (no aniquile) y la lance a un eterno viaje por los cielos sin fin. ¿Y no me amaréis como antes, aunque ya no sea lo que antes? Indudablemente. ¿Y qué amáis ya en mí? Un monstruo, ¿verdad? Pero ¿nada más que un monstruo...? Pensadlo bien.

En cambio, hacedme un gigante, y sin despegar una sola brizna

de mi carne, heridme en el resorte. — ¿dónde? no lo sé; — que el alma precisa para desplegar sus actividades; interceptad «esa cosa sin la cual la causa no puede manifestarse», que dijo Sócrates; hacedme idiota, en fin, y seré ya un músico inútil junto al piano desvencijado. ¿Para qué la voluminosa caja del instrumento, si están inutilizadas las cuerdas que pudieran ser manantiales de gratas melodías? Y ¡ay de mí también si intento pulsar el mísero instrumento, lleno no más de sombras y graznidos! Soy, pues, un idiota. ¿Y no me amaréis como antes, aunque no sea lo que antes?

Indiscutiblemente. ¿Y qué amaréis ya en mí? Un idiota, ¿verdad? pero, ¿sólo un idiota...? Pensad, medita.

Tenéis un matrimonio. A cada hijo que aumenta, hay que hacer restricciones y economías en la soldada, que no aumenta. Un bocado de pan menos cada uno, el café menos cargado, supresión de postres, apurado de prendas, etc. etc. No queda otro remedio. Y si el sueldo que es el numerador, no aumenta, y los hijos, que son el denominador siguen multiplicándose de manera alarmante, hasta pudiera ocurrir que el desdichado padre hiciera realidad un día la

consabida fórmula, $\frac{\alpha}{\infty} = 0$, (a sobre infinito igual a cero), y el sueldo quedará reducido a idem. Y si por desgracia se viera obligado a abrigo con su cuerpo, ¡pobre del más alejado, si son las horas en que los Reyes Magos andan de viaje!

Pero en ese otro alimento llamado cariño que tiene su troje en el alma, ¿quitará un poco a cada uno de sus hijos para asegurar su parte al recién llegado? ¿Querrá menos a los demás para proporcionar su ración al último? No. El alma, segmento de infinito, no es materia, y alcanza a todos en la proporción debida, por muchos que sean. Y la fórmula anterior, puede muy bien transformarse en

$$\frac{\alpha}{\alpha} = \alpha.$$

¿Y por qué ocurre que suele llevarse mayor ración el último que llega? Cómo es esto? ¿No es el que menos abulta y consume? Pues el cariño que se le asigne debe ser también en igual cantidad. Porque ¿querremos más a cinco kilos que a cincuenta? ¿Habrà la misma emotividad, el mismo amor en los mimos que la zagala rinde al diminuto jilguerillo en tanto le renueva los granos de alpiste, que en el abrazo que prodiga a su enorme vaquiña, mientras ésta engulla los haces de heno en la paz del establo? Me decís que sí, ¿verdad? Así lo entiendo yo también. Pero, ¿en virtud de qué misterioso misterio, objetos tan desproporcionados y desiguales hallan igualada en el corazón la intensidad de los afectos?

Yo he visto a un rapazuelo que apenas podía andar, tener prisionera de sus extravagancias y piruetas a toda una corte familiar, mientras realizaba con una despreocupación escalofriante y a presencia de todos, actos contrarios a la buena conducción, que requerían la inmediata presencia de la criada y el estropajo. ¡Qué gritos, qué holgorio en la alocada concurrencia! ¡Qué multitud de almas

asomadas a unos semblantes descompuestos y frenéticos, en actitud de lanzarse sobre el interfecto! Un momento temí que se lo comían. Veinte bocas y cuarenta ojos le disparaban sin cesar miradas enloquecedoras y frases de honda ternura, mientras el rapazuelo, correteando torpemente por el aposento, y después de trazar algunos pasos vacilantes como avión que planea, caía riendo sobre las rodillas de algunos circunstantes en cuyo momento el frenesí llegaba a su colmo.

Más de una vez, durante la escena, estuve tentado de decir:

— Señoras y señores, me siento inclinado a creer que son ustedes una camarilla de imbéciles. He aquí a todo un conjunto de personas graves y formales celebrando sandiamente las tonterías de un muñeco que ni habla ni entiende, y que por lo tanto, no puede dar a tamañas explosiones la debida correspondencia. ¿Me quieren explicar porqué a un tiempo mismo y movidos por tan fútil resorte, ese abuelo, todo saber y experiencia, mira al bebé desplegando regocijado la hundida cueva de su boca, porqué ese padre, todo actividad y afanes, desarruga gozoso la frente como si la oreara una brisa celeste, porqué esa mamá, toda ella seriedad y cordura, se siente presa en oleadas de arrobadores delirios? ¿Me quieren decir qué inexplicable relación existe entre festejado y festejantes, entre causa y efecto?

Y así, ante esta gran disparidad entre ambas substancias que la observación nos muestra, no hagáis gran caso a los que se obstinan en presentarlos al alma como resultado de las funciones orgánicas. Comprenderéis que no puede considerarse como parte de un todo lo que no se halla en el todo. Y por lo tanto, aunque el cuerpo y el alma tengan cierta correspondencia, no siendo aquélla, parte integrante de éste, en manera alguna puede tener su raíz en él. Sabemos que el pensar y el sentir están en nosotros, pero no podemos precisar, pese a nuestras pesquisas, el sitio en que radican. ¿Cuál es la fuente del pensamiento? El cerebro. Pero ¿qué lugar? ¿Cuál es la fuente de los afectos? El corazón. Pero, ¿qué sitio? En mi concepto, estas dos palabras, cerebro y corazón las usamos como otras muchas, sólo para entendernos, pues las cosas que no están claras a nuestro raciocinio, es natural que el lenguaje tenga que resolverlas de algún modo. ¿Yo pienso? En algún sitio ha de ocurrir el hecho. ¿Yo siento? En algún punto ha de verificarse. Pero es lo cierto que cuando queremos darles un lugar determinado, disentimos y nos perdemos.

Además, ¿qué son en sí esa inteligencia y ese sentimiento que integran el alma? Si son partes o resultado de mi cuerpo, que es materia, ¿cómo determinarlas materialmente? Porque vosotros podréis examinar, pesar, medir, concretar los órganos de residencia que les suponéis a ambos; pero a ellos no. Ni podréis verlos en sus formas limitadas y geométricas como veis y concretáis las vísceras, sino en sus efectos y manifestaciones; algo parecido a como se ve a Dios, que careciendo de formas, las contiene todas. Yo veo la altura de una persona con los ojos; pero sus cualidades buenas o malas, no os puedo decir con qué las veo, y menos aún, determinarlas. Me diréis que con el alma. Algo me habéis dicho, sí, pero no todo.

Queda algo más por decir para que yo os entienda; algo que no podréis decirme bien si no me decís lo que es el alma.

El escultor ha llenado su estudio de bellas y variadas estatuas. Ello es comparable a la electricidad acumulada en un condensador, que haciéndose dinámica, descarga en múltiples radiaciones y destellos. ¿Y quién originó esas formas? La inteligencia ayudada del genio. Pero, ¿qué es esa inteligencia, que careciendo de formas se desgrana en tantas? Me diréis que esa facultad, esa luz interior que nos hace ver, que nos hace comprender y conocernos, que nos distingue de los brutos, etc. etc. Pero, ¿no podéis decirme más? Pues eso es poco.

Un padre está junto a su hijo, y en explosiones de cariño le abraza y besa repetidas veces. Es como la electricidad acumulada en un condensador, que haciéndose dinámica, descarga por los labios. Mas un día el hijo se ausenta a sus estudios. Ya no puede el padre besarle ni abrazarle, pero la electricidad condensada sigue descargando en nuevas formas. Es el dinero y los consejos que recibe cada semana o cada mes para que viva y sepa comportarse. ¿Y quién origina esas formas que hacia él convergen? El cariño. Pero, ¿qué es el cariño? ¿Dónde reside? ¿Qué forma tiene...?

La clase ha terminado.

VICENTE NERIA



MADRIGAL

Quisiera ser la Gracia que te atiende

y la fuerza del agua que te flota,

milagro que te nombra gaviota

y ensueño del suspiro que te prende.

Quisiera ser la dicha que desprende

la gloria de tu risa cuando explota,

y quisiera beberme, gota a gota,

el zumo de la fruta que te enciende.

Quisiera ser el alba de tu frente,

los ángeles de luces en colores

que cantan en tu cuerpo floreciente,

la esencia celestial de tus olores,

la estrella de tu cara reluciente

y fundirme en tus propios resplandores.

M. OSTOS GABELLA